# LA LLAMADA DE LAS ALAS

Agatha Christie




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Silas Hamer se enteró de ello una ventosa noche de febrero. Él y Dick Borrow regresaban de una cena dada por Bernard Seldon, el especialista de nervios. Borrow había estado desacostumbradamente silencioso, y Silas le preguntó, no sin cierta curiosidad, en qué pensaba. La respuesta del otro fue inesperada.

-Pienso que sólo dos entre los reunidos esta noche eran felices. Y esos dos, extrañamente, somos usted y yo.

La palabra «extrañamente» se justificaba a sí misma, pues no había dos hombres más distintos entre sí que Richard Borrow, el dinámico pastor, y Silas Hamer, el complaciente hombre cuyos millones eran asunto de comidilla en todos los hogares.

-Es raro -musitó Borrow-. Pero usted es el único millonario satisfecho que conozco.

Hamer guardó silencio un momento. Cuando habló su tono era alterado.

-Antes he sido un desarrapado jovenzuelo vendedor de periódicos. Entonces soñaba con la posición que tengo ahora: comodidad, lujo y dinero. Eso si, nunca deseé dinero como fuente de poder, sino para gastarlo... en mi. Soy franco, ya lo ve. El dinero no lo puede todo, eso dicen. Quizá sea cierto. Sin embargo, me ayuda a obtener cuanto me gusta, y eso hace que me sienta satisfecho. Soy un materialista, Borrow, un soberbio materialista. ¡Lo sé!

La bien iluminada y amplia calle era testigo de su confesión. Las líneas de su cuerpo se perdían en el grueso abrigo de piel, mientras la blanquecina luz iluminaba los gruesos rollos de carne de su barbilla. En cambio, Dick Borrow era delgado, con rostro ascético y ojos de fanático.

-Es usted -dijo Hamer con énfasis- algo que no entiendo.

Borrow sonrió.

-Yo vivo en el centro de la miseria, de la necesidad y del hambre... Máximas enfermedades de la carne. Pero una visión constante me sostiene. No es fácil que lo entienda, a menos que crea usted en las visiones.

-No creo -dijo Silas-. Tampoco creo en nada que no pueda verse, oírse o tocarse.

-Exacto. Esa es la diferencia entre nosotros dos. Bien, adiós, la tierra me traga ahora.

Habían llegado a la iluminada puerta del metropolitano que debía usar Borrow para ir a su casa.

Hamer continuó solo, satisfecho de haber prescindido de su coche aquella noche y optado por regresar a pie. El aire soplaba cortante y helado, produciéndole una deliciosa y consciente sensación de bienestar el calor de su abrigo de piel.

Se detuvo un momento en el borde de la acera antes de cruzar la calzada. Vio un enorme autobús que se aproximaba, y con la gozosa tranquilidad de quien dispone de tiempo sobrado, esperó a que pasara. De haber querido cruzar antes de que llegase el vehículo, hubiera tenido que apresurarse, y esto lo consideraba de mal gusto.

De pronto, un borracho, escoria de la raza humana, bajó tambaleante de la acera. Hamer percibió un grito, el fuerte chirrido de los frenos del autobús y... con creciente horror, estúpidamente, sus ojos miraron hacia el montón de harapos en medio de la calzada.

Como por arte de magia, una multitud se congregó alrededor de dos policías y del conductor del vehículo. Sin embargo, los ojos de Hamer sólo veían la horrible y fascinadora quietud de aquel fardo sin vida que habla sido un hombre; ¡un hombre como él mismo! Un estremecimiento helado subió por su espina dorsal.

-No se culpe, jefe -dijo alguien de aspecto zafio a su lado-. Usted no hubiera podido evitarlo.

Hamer lo miró. La posibilidad de salvar a aquel desgraciado, ciertamente, no se le había ocurrido. Se sacudió la absurda idea como si fuera propia de un loco. Eso hubiera hecho que él mismo... interrumpió el decurso de sus pensamientos y, sintiéndose enfermo, se apartó de la muchedumbre. Temblaba. Al fin, secreta e íntimamente, se confesó que temía a la muerte; a esa muerte que llega a terrible velocidad y es tan implacable ante el rico como el pobre.

Caminó más de prisa, si bien el nuevo temor no dejó de envolverlo en su frío sudario.

Esto le hizo irreconocible a sí mismo, ya que su naturaleza no era cobarde. Pensó que cinco años atrás no hubiera sido presa de tal miedo. Entonces la vida no era tan dulce. Sí, eso debía de ser; el amor a una vida muelle y de horizontes rosados... cuyo primer nubarrón acababa de aparecer, proyectando sobre él la sombra de la implacable muerte.

Abandonó la iluminada calle para seguir por un estrecho pasaje de altas paredes, que llevaba directamente a la plaza donde se bailaba su mansión, famosa por sus tesoros de arte.

El ruido de la calle se fue debilitando tras él, hasta que sólo captó el suave roce de sus propios pasos.

Súbitamente, de la oscuridad del callejón le llegó otro sonido. Sentado junto a una de las paredes, un hombre tocaba una flauta. Uno de tantos músicos callejeros, naturalmente, pero, ¿por qué había elegido aquel lugar? A semejantes horas de la noche la policía... Sus reflexiones murieron al advertir sobresaltado que el hombre carecía de piernas. Un par de muletas descansaban contra la pared. Hamer vio que no tocaba una flauta, sino un extraño instrumento cuyas notas eran mucho más altas.

El músico no se percató de su llegada. Mantenía la cabeza echada atrás, como si gozase su propia tocata, cuyas notas se sucedían generosas y alegres en interminable crescendo.

En realidad no se trataba de una pieza musical propiamente dicha, sino un extraño compás, semejante al lento giro de los violines de Rienzi, repetido una y otra vez, pasando de clave a clave, de armonía a armonía, pero siempre en crescendo.

Hamer nunca había escuchado una música igual. Tenía una extraña cualidad inspiradora y, al mismo tiempo, parecía elevar a uno. Hamer, sobrecogido, se agarro con ambas manos a la pared en busca de protección.

De repente advirtió que la música había cesado. El hombre sin piernas cogía sus muletas. Y él, Silas Hamer, permanecía agarrado como un loco a un saliente de piedra, temeroso de ser arrebatado del suelo por una música que le empujaba hacia arriba.

Se rió de su propio miedo. ¡Qué absurda imaginación la suya! Sus pies no habían dejado de tocar el suelo. Sin embargo, ¡qué extraño y vivido realismo el de su sensación! El rápido «toc toc» de las muletas sobre el pavimento le recordó que el músico se alejaba. Siguió con la mirada al hombre hasta donde fue tragado por la oscuridad. ¡Vaya tipo!», se dijo.

Entonces caminó despacio, incapaz de borrar de su mente la sensación de la tierra al fallar debajo de sus pies.

Un repentino impulso lo precipitó hacia delante, en busca del desconocido. No podía estar muy lejos; lo alcanzaría. Tan pronto divisó la vacilante figura gritó:

-¡Eh! ¡Un momento!

El inválido se quedó inmóvil hasta que Hamer llegó a su altura. Una lámpara que ardía sobre su cabeza hizo visibles sus rasgos. Silas Hamer contuvo el aliento con involuntaria sorpresa. El hombre poseía la testa de belleza más singular que jamás viera! No era un mozalbete, y si bien tenía esa edad indefinible del hombre maduro, la juventud y el vigor destellaban en todo su ser.

Hamer no supo cómo iniciar la conversación. Luego de breves segundos, aunque trabajosamente, se decidió:

-Quisiera... quisiera saber qué... qué tocaba hace un momento.

La sonrisa del inválido pareció impregnar de alegría el mundo entero.

-Una tonada muy vieja -dijo-. Una tonada de muchos años atrás, de muchos siglos atrás.

Hablaba con extraña pureza y claridad. Evidentemente, no era inglés, y Hamer sintió el deseo de conocer su nacionalidad.

-Usted no es inglés. ¿De dónde procede?

Nuevamente la amplia y contagiosa alegría de su sonrisa bañó a Silas.

-De más allá del mar, señor. Llegué hace mucho tiempo, muchísimo tiempo.

-Veo que ha sufrido un grave accidente.. ¿Hace mucho de eso?

-Algún tiempo, señor.

-Ya es mala suerte perder ambas piernas.

-No lo crea -repuso el desconocido-. Eran malas.

Hamer le dio un chelín y se alejó vagamente intranquilo. «Eran malas». ¡Qué raras sonaban esas dos palabras en boca de un inválido! Quizá le operaron a consecuencia de una enfermedad.

Hamer se fue a su casa. Ya en el lecho intentó sacudirse el recuerdo de lo pasado. Al fin el plomo adormecente cayó sobre sus párpados, mientras un reloj vecino tocaba la una. Fue un golpe claro, y luego el silencio. Pero al silencio sucedió un amortiguado sonido familiar. Hamer también escuchó el galope de su corazón.

El hombre del pasaje volvía a tocar no lejos de allí. Sus notas llegaban alegres, invitativas. Cada vez se hacían más claras, como si fuesen ondas que se persiguen a través del espacio. Pero esas ondas empujaban a él, Silas Hamer, hacia el infinito.

No obstante, algo tiraba de su cuerpo hacia abajo. Y al mismo tiempo que ascendía impulsado por las notas, aquel algo lo arrastraba implacablemente a una sima.

Desde la cama observó la ventana frente a él. La respiración se le hizo difícil y dolorosa. Extendió un brazo fuera del lecho y el movimiento le pareció insufrible. La blandura de la cama se le antojó opresiva, como opresivos también eran los pesados cortinajes de la ventana que bloqueaban a la luz y el aire. El techo parecía presionar sobre él. Se movió un poco debajo de los cobertores, y la pesadez de su cuerpo fue la más opresiva de todas las sensaciones.

## 2

-Necesito su consejo, Seldon.

Seldon apartó un poco la silla de la mesa. Desde que se produjo la invitación, no había cesado de preguntarse cuáles serían los motivos que justificaban una cena para dos. Apenas había visto a Hamer desde el invierno, y aquella noche percibía un cambio indefinible en su amigo.

-Es algo tonto, lo sé -dijo el millonario-. Pero estoy preocupado conmigo mismo.

Seldon se sonrió mientras lo miraba por encima de la mesa.

-Su aspecto es saludable.

-No es eso -Hamer se detuvo un momento, y luego añadió quedamente-: Temo que me estoy volviendo loco.

El neurólogo alzó la cabeza, visiblemente interesado. Sin la menor prisa, se sirvió un vaso de oporto y preguntó suavemente:

-¿Qué se lo hace suponer?

-Algo que me ha sucedido. Algo inexplicable, increíble. No puede ser cierto; por eso me vuelvo loco,

-Cálmese -invitó Seldon-, y cuéntemelo.

-No creo en lo sobrenatural -empezó Hamer-. Jamás he creído. Pero esto... Bueno, es mejor que le cuente toda la historia desde el principio. Empezó el pasado invierno, una noche después de haber cenado con usted.

Entonces, breve y concisamente, le narró todos los sucesos que viviera camino de su casa.

-Aquello fue el principio. No sé explicar bien la sensación que experimento. Sólo sé que es maravilloso, distinto a todo lo sentido o soñado. Desde entonces se repite con mucha frecuencia. Oigo la música y empiezo a flotar y elevarme hasta que se produce la pugna de las dos fuerzas, una que me tira hacia arriba y otra hacia la tierra. Luego viene el dolor físico del despertar. Es como bajar de una alta montaña. ¿Conoce el dolor de oídos que produce? Pues bien, lo mío es esto, sólo que intensificado. A ello se une la terrible sensación de ser aplastado.

Después de una pausa continuó:

-Los criados ya me creen loco. No puedo soportar el tejado ni las paredes, y duermo en un lugar dispuesto en lo alto de la casa, a cielo abierto, sin muebles, cortinas ni alfombras. Aun así, las casas cercanas me oprimen del mismo modo. Prefiero el campo abierto, donde pueda respirar -miró a Seldon-. ¿Le encuentra explicación?

-Desde luego. Hay sobradas explicaciones. Usted ha sido hipnotizado o se ha autohipnotizado. Sus nervios están alterados. También puede que sea un simple sueño que se va repitiendo.

Hamer sacudió la cabeza.

-Ninguna de esas explicaciones sirve.

-Hay otras -repuso Seldon-; pero no gozan de mucho crédito.

-¿Las admite usted?

-En líneas generales, sí. Muchas cosas escapan a la comprensión humana y carecen de explicación. Entiendo que es mucho lo que ignoramos y no cierro mi mente a ellas.

-¿Qué me aconseja? -preguntó Hamer después de un breve silencio.

Seldon se inclinó hacia delante.

-Aléjese de Londres en busca de su «campo abierto». Los sueños pueden cesar.

-No lo deseo -contestó Hamer rápidamente-. He llegado al extremo de que no sé pasarme sin ellos, ni quiero.

-Lo comprendo. Hay otra alternativa: busque a ese sujeto, el inválido. Usted le atribuye toda clase de dones sobrenaturales. Háblele y quizá rompa su maleficio.

Hamer volvió a sacudir la cabeza,

-¿Por qué no? -preguntó Seldon.

-Tengo miedo.

El neurólogo hizo un gesto de impaciencia.

-No crea tan ciegamente en esas cosas. Pero dígame, la tonada, ¿qué le recuerda?

Hamer la tarareó y Seldon escuchó con el ceño fruncido.

-Recuerda la obertura de Rienzi. Es cierto que da la sensación de cosa que se remonta; si bien no advierto causa suficiente para sentirse alzado de la tierra. No obstante, esas suspensiones suyas, ¿son todas exactamente iguales?

-No, no -Hamer se inclinó hacia delante-. Parecen sometidas a una escala de progreso, pues cada vez soy consciente de algo nuevo. Es difícil explicarlo. Primero es como si llegase a un lugar desconocido, a impulsos de la música; aunque no directamente. Tengo la impresión de que las ondas se suceden y cada una me eleva un poco más, hasta que la última me sitúa en el punto más alto, de donde ya no puede pasarse. Permanezco allí algún tiempo, y luego otra fuerza me arrastra hacia abajo.

»En realidad, eso que llamo un lugar es más bien un estado. Aunque, posiblemente, esta denominación sólo sea correcta en cuanto al principio. Cuando regreso, sé que había cosas a mi alrededor que aguardan a ser percibidas. Piense en un cachorro. Sus ojos, al principio no ven. El animal tiene que educar su vista. Pues algo así es lo que me sucede a mí. Los sentidos naturales de la vista y el oído no me sirven, como si ellos aún no estuvieran desarrollados, si bien un sexto sentido, no corporal, los reemplaza. Así, poco a poco, percibo sensaciones de luz, de sonido, de color; pero de un modo vago. Es más bien conocimiento intuitivo de las cosas que verlas u oírlas. Primero capté una luz que se hacía más fuerte y clara; luego arena, grandes extensiones de arena rojiza, y aquí y allá, largas líneas de agua, como si fuesen canales.

Seldon contuvo el aliento.

-¡Canales! Esto es interesante. ¡Siga!

-Eso carece de importancia. Son más sugestivas las otras cosas reales que no podía ver, pero sí oírlas. Así, el sonido parecido a un aleteo, que de algún modo, y no sé explicarlo, me pareció glorioso. No hay nada en la tierra a que pueda compararse. ¡Al fin, vi las alas! Sí, Seldon, ¡las alas!

-¿Qué son hombres, ángeles, pájaros?

-Lo ignoro. Aún no les he visto. Pero el color de las alas es algo maravilloso.

-¿El color de las alas? -repitió Seldon-. ¿Qué color?

Hamer movió su mano con gesto indefinido.

-¿Cómo voy a explicárselo? ¡Diga a un ciego cómo es el color azul! Es un color que usted jamás ha visto.

-¿Y bien?

-Eso es todo. Al menos por ahora. Salvo que el regreso es peor, más doloroso cada vez. No lo comprendo. Estoy convencido de que mi cuerpo jamás abandona el lecho; como también que no alcanzo físicamente ese lugar. Siendo así, ¿por qué tanto dolor físico?

Seldon. silencioso, sacudió la cabeza.

-El regreso es algo terrible -continuó Hamer-. Primero se produce el tirón, y luego el dolor que afecta a cada uno de mis miembros y nervios. Los oídos amenazan estallar y todo me presiona, produciéndome una angustiosa sensación de encarcelamiento. Entonces yo deseo libertad.

-¿Y cuál es su postura ante las cosas que tanto significan para usted en este mundo? -preguntó Seldon.

-Eso es lo peor. Siguen gustándome tanto, si no más que antes. Y estas cosas, comodidad, lujo, placer, tiran de mí hacia un punto distinto del lugar donde están las alas. Es una lucha sorda que no sé cómo terminará.

Seldon nada repuso. La extraña historia que había escuchado era fantástica. ¿Sería delirio, alucinación o, posiblemente, verdad? De serlo, ¿por qué Hamer, entre todos los hombres? Aquel materialista que amaba la carne y negaba el espíritu era el menos indicado para tener visiones de otro mundo.

Por encima de la mesa, Hamer le miró ansioso.

-Supongo -dijo Seldon lentamente- que la única solución es aguardar. Aguardar y ver qué sucede.

-¡No puedo! ¡Le digo que no puedo! Sus palabras demuestran que no me entiende. Esa cosa me destroza con su terrible lucha... esa lucha a muerte entre... entre...

-La carne y el espíritu -añadió Seldon.

Hamer, con voz desalentada, concedió:

-Supongo que sí. De todos modos es insoportable. No puedo liberarme...

Una vez más, Bernard Seldon sacudió la cabeza. El hombre se debatía en la tenaza de lo inexplicable.

-Si yo fuera usted -aconsejó-, buscaría al inválido.

De regreso a su casa, murmuró para sí:

-¡Canales... qué raro!

Silas Hamer salió a la calle al día siguiente con nueva determinación en su ánimo. Estaba decidido a seguir el consejo de Seldon y buscar al hombre sin piernas. No obstante, en su fuero interno había el convencimiento de que la búsqueda sería infructuosa, pues el hombre habría desaparecido como si la tierra se lo hubiese tragado.

Los edificios a ambos lados cerraban el paso a la luz del sol, convirtiendo el paisaje en oscuro y misterioso. A mitad del camino vio el único sitio donde unos rayos de sol iluminaban una figura sentada en el suelo. La figura... ¡era el músico!

Su instrumento permanecía apoyado contra la pared junto a las muletas, mientras él cubría las losas con dibujos en yeso de color. Dos acabados mostraban escenas rústicas de maravillosa y delicada belleza: árboles frondosos entre los cuales discurría un saltarín arroyuelo.

Hamer dudó. ¿Se trataba de un simple músico callejero o de un artista decorador de pavimentos?

De repente, sus nervios le traicionaron y gritó:

-¿Quién es usted? Por lo que más quiera, ¡dígame quién es usted!

Los ojos del inválido se encontraron con los suyos; parecían sonreír.

-¿Por qué no me contesta? ¡Hable, dígame algo!

El hombre dibujaba entonces con increíble velocidad en una losa. Hamer siguió el movimiento de su mano, y lo que sólo eran unos trazos inconcretos se transformaban en árboles gigantes. Al fin apareció un hombre sentado que tocaba un instrumento de muchos agujeros -como una flauta-, cuyo rostro era extrañamente hermoso y que tenía piernas de cabra. La mano del inválido hizo un movimiento rápido y las patas de cabra desaparecieron. Luego alzó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Hamer.

-Eran malas -dijo.

Hamer, fascinado, lo miraba fijamente. El rostro del músico era el rostro dibujado, si bien más bello. Sus facciones purificadas mostraban ahora una intensa realidad de vida forzosa.

Hamer huyó del pasaje a la brillante luz del sol, repitiéndose: «¡Imposible, imposible; estoy loco! ¡Sueño!». Pero sentíase hechizado.

Entró en el parque y sentóse en una silla. En aquella hora desierta sólo algunas niñeras con sus pequeños permanecían sentadas a la sombra de los árboles, y aquí y allá, sobre el césped, como islas en un mar verde, hombres yacentes.

«Condenados vagabundos», fue la expresiva definición que hizo Hamer de ellos. No obstante, los envidiaba.

De todos los seres creados eran los únicos libres. Tenían la tierra debajo, el cielo encima, y el mundo entero a su disposición. Aquellos hombres desarraigados no estaban encadenados.

Entonces comprendió cuál era la causa de su esclavitud; aquello que más veneraba, aquello que amaba por encima de todas las cosas... ¡la riqueza!

Pero, ¿lo era? ¿Realmente lo era? ¿No habría una verdad más profunda? ¿Era el dinero o su amor al dinero? Sí, sus ligazones tenían la marca de cosa fabricada por su propia voluntad. No era la riqueza en sí, sino el amor a la riqueza lo que formaba los eslabones de aquella cadena que le privaba de la libertad. Claramente conocía ahora las dos fuerzas que lo desgarraban: la fuerza del materialismo sujetándolo al medio ambiente y la imperativa llamada de las «alas».

Y si una peleaba, la otra no le iba a la zaga. Podía oír, de hecho oía las exigencias de la última: «No debes ponerme condiciones -le decía-. Yo estoy por encima de todas las cosas. Para seguir mi llamada has de renunciar a todo lo demás y cortar las amarras que te retienen. Sólo los libres llegarán a donde yo conduzco.»

-¡No puedo! -gritó Hamer-. ¡No puedo!

Algunas personas miraron al recio hombre, que, sentado, hablaba consigo mismo.

Le exigían sacrificar lo más querido, lo que era parte de él mismo.

## 3

-¿Qué golpe de fortuna le trae a usted por aquí? -preguntó Borrow.

Ciertamente, el barrio Este no era familiar a Hamer.

-He oído algunos sermones -repuso el millonario- sobre lo mucho que podría hacerse con abundancia de fondos. He venido a decirle que usted dispondrá de esos fondos.

-Muy loable por su parte -dijo Borrow sorprendido-. ¿Una importante suscripción, acaso?

Hamer se sonrió.

-Hasta el último penique que poseo.

-¿Qué?

Hamer explicó los detalles con viveza comercial. La cabeza de Borrow daba vueltas.

-¿Piensa... piensa renunciar a toda su fortuna y... dedicarla a los pobres del barrio Este, nombrándome administrador?

-Exacto.

-Pero, ¿por qué? ¿Por qué?

-No puedo explicárselo -repuso Hamer lentamente-. ¿Recuerda nuestra charla sobre visiones el pasado febrero? Pues bien, una de esas visiones se ha posesionado de mí.

-¡Espléndido! -Borrow se inclinó hacia delante. Sus ojos brillaban de excitación.

-No hay nada particularmente espléndido en ello -dijo Hamer de no muy buen talante-. No me importa un pepino la miseria del barrio Este. Sus feligreses sólo necesitan decisión. Yo era pobre y logré zafarme a las dentelladas del hambre. Pero he de desembarazarme del dinero y no quiero darlo a esas tontas sociedades protectoras. Usted es un hombre de mi confianza. Alimente cuerpos o almas con él, me da lo mismo. Sin embargo, yo he pasado hambre y veo con mejores ojos lo primero.

-Es algo sin precedentes -tartamudeó Borrow.

-Bien, ya está todo dispuesto -continuó Hamer-. Los leguleyos acabaron al fin, y he firmado. Eso me ha tenido muy ocupado la última quincena. Es casi tan difícil desembarazarse de una fortuna como hacerla.

-¿Supongo que se habrá reservado algo?

-Ni un penique. Bueno, no es totalmente cierto. Tengo dos peniques en mi bolsillo -se rió.

Después de despedirse de su aturdido amigo, se adentró en las estrechas y malolientes calles. Las palabras que había pronunciado volvieron a él con una dolorosa sensación de pérdida. «¡Ni un penique!» ¡Toda su inmensa fortuna! Ahora temía la miseria, el hambre y el frío.

Sin embargo, era consciente de que la opresión había menguado al sentirse libre de las cosas terrenas. Los eslabones de su cadena le habían llegado, si bien ahora la libertad lo fortalecía.

Había un toque de otoño en el aire, y el viento soplaba helado. Hamer sintió el frío estremecedor y también síntomas de hambre. Las dos cosas parecieron escarbar el próximo futuro. Resultaba increíble que hubiese renunciado a la facilidad, la comodidad y el calor.

Su cuerpo gritaba impotente; pero entonces le llegó la agradable sensación de libertad.

Hamer vaciló ante la boca de una estación de metro. Tenía dos peniques en su bolsillo. ¿Por qué no ir en metro hasta el parque donde viera a los ociosos que dormitaban al sol? Creía sinceramente que estaba loco, pues la gente cuerda no hace lo que él había hecho. Ahora bien, su locura resultaba ser una cosa sorprendente y maravillosa.

Sí, iría al espacio abierto del parque. Además, hacerlo en el metro tenía una significación para él. Ese medio de locomoción representaba todos los horrores de la vida enterrada y oprimida. Como un hombre libre, saldría de su encierro para posesionarse de los amplios espacios verdes, donde los árboles anulaban la amenaza opresiva de las casas.

El ascensor le llevó velozmente abajo, y sintió el aire enrarecido. Se quedó en un extremo del andén, apartado de la masa humana. A su izquierda se abría la abertura del túnel por donde aparecería el tren, semejante a una serpiente. No había nadie cerca de él, excepto un muchacho acurrucado en un asiento.

Muy distante, oyó el amortiguado ruido del tren. El muchacho se levantó de su asiento y caminó hacia Hamer, quedándose cerca del borde del andén.

Sucedió tan rápidamente que casi le pareció increíble. El jovencito perdió el equilibrio y cayó.

Multitud de pensamientos se agolparon en el cerebro de Hamer. Entre ellos se materializó el informe revoltijo de harapos atropellado por el autobús, y oyó una voz que decía: «No se culpe, jefe. Usted no hubiera podido evitarlo.» Y esto le persuadió de que la vida del muchacho sólo podía ser salvada por él, Silas Hamer.

¡El tren se acercaba! De repente, una curiosa y tranquila lucidez mental vino a posesionarse de su espíritu.

No obstante, en aquel corto segundo, supo que su temor a la muerte persistía. Sí, tenía miedo; un miedo espantoso.

Para los aterrados espectadores del otro extremo del andén no hubo apenas separación de tiempo entre la caída del muchacho y el salto del hombre. Entonces vieron el tren en la curva anterior al andén, sin posibilidad de frenar.

Hamer cogió al muchacho en sus brazos. No le impulsaba ningún sentimiento heroico, pues su carne temblorosa obedecía la orden de un espíritu llamado al sacrificio. Con un último esfuerzo, empujó el cuerpo del joven por encima del andén, y luego se cayó sobre la vía.

De repente, murió todo su temor. El mundo ya no lo retenía. Estaba libre de sus cadenas. Por un momento creyó oír la tocata de Pan. Luego, más cerca y más alto a la vez, le llegó el alegre revoloteo de innumerables alas...